



ORTODOXIA



G. K. Chesterton

COLECCIÓN POPULAR

338

ORTODOXIA

Traducción de
ALFONSO REYES

G. K. CHESTERTON

ORTODOXIA

COLECCIÓN



POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1909
Primera edición en español, 1917
Segunda edición en el FCE, 1987
Primera reimpresión, 1997

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

Título original:
Orthodoxy

D. R. © 1987, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
D. R. © 1997, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-2641-9

Impreso en México

CAPITULO IV

LA ÉTICA EN TIERRA DE DUENDES

CUANDO el hombre de negocios discute el idealismo del chico de su oficina, lo hace en estos o parecidos términos: «Sí, claro está; cuando se es joven se tienen idealismos abstractos y se construyen castillos en el aire; pero en llegando la edad madura, todo eso se desvanece como las nubes en el viento, y entonces le nace a uno esa creencia en la política práctica, ese gusto de operar con la máquina que Dios nos dió, y de habérselas con el mundo de las realidades.» Así, al menos, solían predicarme en mi mocedad ciertos filantrópicos viejos, que a estas horas duermen en sus honradas sepulturas. Pero algo he crecido de entonces acá, y en todo este tiempo he podido descubrir que mis filantrópicos viejos mentían a más no poder. Porque me ha sucedido precisamente lo contrario de lo que ellos me profetizaban. Decían que acabaría por abandonar mis ideales para enamorarme de los métodos de la política práctica, y es el caso que de mis ideales no he perdido uno sólo, y que mi fe en los estímulos superiores es la misma de siem-

pre. En cambio he perdido por completo la escasa y pueril confianza que pude tener en la política práctica. Tanto como ayer me afecta todavía la batalla de Armagedón, mientras que las elecciones generales ya no me interesan. Cuando niño, saltaba yo en el regazo de mi madre sólo de oír las nombrar. La fantasía, firme como siempre, sigue mereciendo mi confianza. Porque la fantasía es siempre un hecho positivo, y lo que a menudo resulta fraude es la realidad. Creo en el liberalismo tanto y aún más que siempre. Pero pasé por una edad de sonrosada inocencia en que pude creer en los liberales, lo cual es cosa muy distinta.

Y escojo este ejemplo, entre las creencias que he conservado ilesas, porque me propongo trazar las rutas de mi especulación personal y puede servirme de excelente punto de partida. Yo me eduqué en el liberalismo, y siempre creí en la democracia, en el paradigma elemental de una especie humana que se gobernase a sí misma. Y por si a alguien esto le suena a palabrería hueca o a teorías gastadas, quisiera detenerme un instante a explicar cómo entiendo yo los principios de la democracia. Según mi sentir, dichos principios se encierran en dos proposiciones: la primera dice que las cosas comunes a todos los hombres son más importantes que las privativas de cualquier hombre en particular; que lo ordinario vale más que lo

extraordinario, y si cabe, hasta es más extraordinario. El hombre es cosa mucho más terrible que los hombres, mucho más extraña. Y el milagro mismo que es la humanidad, siempre nos parecerá más estupendo que todas las maravillas del poder, la inteligencia, las artes, la civilización. El hombre, tal como es y puesto en dos piernas, es siempre un fenómeno mucho más conmovedor e incisivo que cualquier trozo musical o que cualquiera caricatura. La muerte es de suyo más trágica que el morir de hambre, por ejemplo. El hecho sólo de tener narices ya es de por sí más cómico que el de tener nariz de caballete.

Este es, pues, el primer postulado de la democracia: que lo esencial para los hombres es lo que poseen en común y no lo que cada uno separadamente posee. Y el segundo postulado dice, simplemente, que el instinto o anhelo político es una de esas cosas que pertenecen al patrimonio común. Enamorarse es mucho más poético que ponerse poético. ¿No es así? Pues bien; toda la pretensión democrática pudiera resumirse diciendo que el gobierno, merced al cual se rigen las tribus, se parece más al fenómeno general de enamorarse que no al privativo de poetizar. Es decir, que el gobierno no se parece en nada a tocar el órgano en las iglesias, pintar en vitela, descubrir el Polo Norte (costumbre verdaderamente insidiosa), rizar

el rizo o ser astrónomo de casa real, cosas todas para las que exigimos una ejecución perfecta, no. Sino que, por el contrario, el gobierno es como escribir las propias cartas de amor o como sonarse uno sus propias narices; cosas todas que conviene que cada cual haga por sí mismo, aun cuando le salgan un poco mal. Y por ahora no discuto la verdad de ninguna de estas concepciones. Ya sé que muchos de mis contemporáneos están deseando que los sabios les escojan mujer; ya sé que, al paso que van, pronto necesitarán niñeras especiales que vengán a sonarlos. Yo sólo digo que conviene a la especie humana el que los hombres sepan desempeñar estas funciones universales, y que una de ellas es la función de gobernar. En suma, he aquí la cifra del credo democrático: hay que dejar que los hombres ordinarios y comunes desempeñen por sí mismos las funciones de mayor trascendencia, el ayuntamiento de los sexos, la educación de los jóvenes, las leyes del estado. En esto consiste la democracia, y en esto yo he creído siempre.

Pero hay algo que, de mi juventud acá, nunca he sido capaz de entender, y es de dónde habrá sacado la gente que la democracia se opone a la tradición en modo alguno. A mí más bien me parece obvio que la tradición no es más que la democracia proyectada en el tiempo. Como que ésta consiste en fiarse más

del consenso de opiniones comunes a los hombres, que no del sentimiento aislado y arbitrario. El que, por ejemplo, alega la autoridad de determinado historiador alemán contra las tradiciones de la iglesia católica, ése apela, en el sentido más estricto de la palabra, a la aristocracia; apela a la superioridad del individuo experto contra la terrible autoridad de las muchedumbres. Y nada más fácil que explicarse porqué una leyenda recibe,—y lo merece,—tratamiento más respetuoso que cualquiera historia: la leyenda suelen crearla las mayorías de las poblaciones y aldeas, que son siempre gente saludable; al paso que los libros de historia los escribe el único enfermo que hay en la aldea. Quienes alegan en contra de la tradición el argumento de la ignorancia de los hombres de ayer, debieran comenzar por ir al Carlton Club a alegar la ignorancia de los votantes de los garitos. Que no nos vengan a nosotros con eso. Si damos la mayor importancia a la opinión de los hombres ordinarios, siempre que se trata de los asuntos cotidianos, sólo porque dichos hombres forman una gran unanimidad, no veo porqué hemos de desdeñar esa misma opinión cuando de la historia o de la fábula se trata. La tradición pudiera definirse como una extensión del privilegio. Aceptar la tradición tanto es como conceder derecho de voto a la más oscura de las clases sociales: la de nues-

tros antepasados; no es más que la democracia de la muerte. La tradición se rehusa a someterse a la pequeña y arrogante oligarquía de aquéllos que, sólo por casualidad, andan todavía por la tierra. Todos los demócratas niegan que el hombre quede excluido de los derechos humanos generales por los accidentes del nacimiento; y bien, la tradición niega que el hombre quede excluido de semejantes derechos por el accidente de la muerte. Nos enseña la democracia a no desdeñar la opinión de un hombre honrado, así sea nuestro caballero; y la democracia también debe exigirnos que no desdeñemos la opinión de un hombre honrado, cuando ese hombre sea nuestro padre. Me es de todo punto imposible separar estas dos ideas: democracia, tradición. Me parece evidente que son una sola y misma idea. Conviene que asista la muerte a nuestros consejos. Los antiguos griegos votaban con piedras, y aquí se votará con piedras tumbales; lo cual es enteramente regular y oficial, puesto que la mayor parte de ellas estarán marcadas con una cruz, igual que las papeletas del voto.

Comienzo, pues, por declarar que, si alguna tendencia dominante ha habido en mi vida, ha sido la de la democracia y, en consecuencia, la de la tradición. Antes de llegar a ninguna proposición teórica o lógica, me complazco en formular esta ecuación personal. Siempre me sentí

más inclinado a dar crédito a la gente ruda y obrera que no a la molesta y singular clase literaria a que pertenezco. Prefiero los caprichos y prejuicios de la gente que mira la vida desde adentro, a las más lúcidas demostraciones de los que miran la vida desde afuera. Siempre creeré en las consejas de las comadres, contra el testimonio de los hechos alegados por las solteronas pedantes. Hasta donde un entendimiento puede ser calificado de maternal, tiene derecho a ser tan inculto como quiera.

Y ahora voy a establecer una proposición general, sin que pretenda arrastrar a nadie con mi ejemplo. Y lo haré desarrollando sucesivamente tres o cuatro ideas fundamentales que he descubierto por mi cuenta, y contando cómo las descubrí. En seguida las resumiré brevemente, proponiendo mi sistema de filosofía personal o de religión natural; y, finalmente, describiré el espléndido y último descubrimiento a que llegué, de que todas mis novedades estaban descubiertas desde hacía ya mucho tiempo: el cristianismo las había descubierto. Contaré por su orden el nacimiento de todas estas convicciones, y el primer lugar le toca a la tradición popular. Por eso, para que mi explicación fuera bastante clara, tuve que aclarar previamente mi concepto de la tradición y la democracia. Aún no estoy se-

guro de ser muy claro, pero, al menos, ya puedo intentar explicarme.

Mi primera y última filosofía, aquella en que creo con fe inquebrantable, la aprendí en la edad de la crianza. Puedo decir que la recibí de la nodriza; es decir, de la sacerdotisa, solemne y orientadora, que representa la tradición y la democracia a un tiempo mismo. Aquello en que más creía yo entonces, y en que sigo creyendo más, son los cuentos de hadas. A mí me parecen lo más razonable que hay en el mundo. Y en verdad, no son tan fantásticos como se dice. ¡Cuántas cosas, comparadas a ellos, resultan más fantásticas todavía! A su lado, el racionalismo y la religión parecen igualmente anormales; aunque anormalmente justa la religión, y el racionalismo, anormalmente falso. El reino de las hadas no es más que el luminoso reino del sentido común. No toca a la tierra juzgar al cielo; pero sí al cielo juzgar la tierra. Pues igualmente me parecía que la tierra no podría criticar el reino de las hadas, sino éste criticar a la tierra. Y así conocí el cuento maravilloso de la varita de habas antes de haber probado las habas (1); y yo no dudaba del hombre de la luna, aun antes de saber lo que era la luna. Y lo mismo me

(1) Refiérese al «matador de gigantes» de que habla después, que sube hasta el castillo del ogro por la varita de habas.

acontecía con todas las tradiciones populares. Los poetas menores de nuestro tiempo son naturalistas, y hablan del arbusto y del arroyo; pero los cantores de las viejas fábulas y epopeyas estaban por lo sobrenatural, y hablaban del dios del arroyo y del dios del arbusto. A esto se refieren los hombres de hoy cuando dicen que los antiguos «no apreciaban la naturaleza», porque la suponían divina. Las niñeras no hablan a los niños de la hierba del campo, sino de los espíritus que danzan sobre ella, así como los arcaicos griegos no veían árboles, sino dríadas.

Pero aquí sólo me propongo tratar de la ética y la filosofía que la educación de los cuentos de hadas engendra. Si me pusiera a describir en detalle los cuentos de hadas, más de un principio noble y saludable pudiera extraer de ellos. Recuérdese, por ejemplo, la caballeresca lección de «Juanito el matador de gigantes»: hay que matar a los gigantes porque son gigantes; es una rebelión varonil contra el orgullo injustificado. Porque adviértase que el rebelde es más antiguo que todas las monarquías, y que más larga tradición tiene el jacobino que no el jacobita. Recuérdese también la lección de la «Cenicienta», que es la misma de «la Magnífica»: *exaltavit humiles*. O la generosa lección de «La Beldad y el Monstruo»: hay que amar las cosas antes de

que sean amables. O véase la terrible alegoría de «La Bella Durmiente», donde se cuenta cómo la criatura humana, al nacer, entre los dones de bendición recibió la maldición de la muerte; y cómo la misma muerte puede desvanecerse hasta transformarse en un sueño. Mas no me propongo examinar cada una de las estatuas que pueblan el jardín de los «elfos», sino el espíritu conjunto de sus leyes, que antes de saber hablar aprendí y que re-tendré cuando ya no sepa escribir. Propóngome examinar cierta interpretación de la vida que brotó en mí al arrullo de los cuentos de hadas, y que, más tarde, los hechos han ido corroborando poco a poco.

Podemos decir que hay ciertas series o desarrollos de hechos que se suceden de un modo que realmente podemos llamar razonable y aun necesario: tales las consecuencias matemáticas o simplemente lógicas. En el país de los sueños, donde vivimos las criaturas más razonables del mundo, admitimos plenamente esta ley de razón, de necesidad. Por ejemplo, si las hermanas envidiosas son mayores que Cenicienta, es necesario, en el más férreo e inquebrantable sentido, que Cenicienta sea menor que ellas; no hay medio de evitarlo. Haeckel podrá darse gusto predicando todo el fatalismo que le plazca con motivo de este hecho sencillo; ello no puede ser de otro

modo. Si Juanito es hijo de un molinero, el padre de Juanito es molinero. Decrétalo así la fría razón desde su trono temeroso, y los súbditos del país de los sueños lo acatamos. Si los tres hermanos cabalgan sendas cabalgaduras, tendremos un total de seis animales, con diez y ocho pies entre todos; esto es racionalismo de buena ley, del que abunda en nuestro fantástico reino. Pero al sacar la cabeza fuera del seto de los elfos, para darme cuenta del mundo natural, advertí una cosa extraordinaria. Advertí que los sabios, con sus gafas caladas, hablaban de todos los hechos cotidianos—el nacimiento, la muerte y lo demás—como si fuesen todos racionales e inevitables. Parecían suponer, por ejemplo, que el que los árboles produzcan frutos es un hecho tan necesario como el que dos más uno sumen tres. Y se equivocaban: porque con el criterio del país de las hadas—piedra de toque de la imaginación—hay entre uno y otro hecho una enorme diferencia. No podríais imaginar que dos más uno dejaran de sumar tres; pero sí que los árboles dejaran de producir frutos para producir, por ejemplo, candeleros de oro o tigres colgados por la cola. Mis doctores con gafas solían hablar de un tal Newton que, herido por una manzana, descubrió una ley natural. Pero no podían distinguir la distancia que media entre una ley verdadera, ley de la razón, y

el simple hecho de la caída de una manzana. Si la manzana dió sobre la nariz de Newton, la nariz de Newton dió sobre la manzana; condición absolutamente necesaria, porque sin lo uno no pudiera concebirse lo otro. He aquí una ley verdadera. Pero, en cambio, podemos muy bien concebir que la manzana, en vez de caer sobre la nariz de Newton, se fuera rápidamente volando por el aire para dar sobre otra nariz, contra la cual tuviera alguna aversión más particular. En nuestros cuentos de hadas siempre hemos mantenido una clara distinción entre la ciencia de las relaciones mentales, donde realmente existen leyes, y la ciencia de los hechos físicos, donde no hay leyes sino rutinas. Creemos en los milagros corporales, pero no en que se produzcan imposibles mentales; creemos que la maravillosa varita de habas pudo llegar hasta el firmamento; pero esto no turba para nada nuestra convicción filosófica sobre la cantidad de habas que se necesitan para formar cinco.

Y en esto consiste la perfección de tono y verdad peculiar de los cuentos de la nodriza. El hombre de ciencia dice: «Córtese el tallo, y la manzana caerá»; y lo dice tan tranquilamente como si una idea arrastrase por fuerza a la otra. Y la bruja del cuento dice: «Sóplese el cuerno, y el castillo del ogro se derrumbará»; pero no lo dice como si se tratara de un efec-

to que sigue necesariamente a una causa. Sin duda que ella ha dado ya el consejo a muchos campeones y ha visto caer muchos castillos; pero no por esto la abandonan su razón ni su asombro ante la novedad del mismo hecho; ni por eso se va dejando confundir paulatinamente hasta que conciba una relación mental necesaria entre el eco del cuerno y el desplomarse de la torre. Los hombres de ciencia, en cambio, se van embruteciendo hasta que imaginan una relación mental necesaria entre el que una manzana se arranque del árbol y el que ruede sobre la hierba. Hablan del caso, no como de un juego maravilloso de los hechos, sino como de una conexión de hechos en el hilo de una verdad común. Hablan del caso como si la conexión física entre dos hechos esencialmente distintos bastase para establecer entre ellos una conexión filosófica. Creen que porque un hecho incomprensible siga siempre a otro no menos incomprensible, ya los dos hechos juntos han de formar un sistema comprensible; creen que dos enigmas negros forman una blanca solución.

En nuestro reino de quimeras evitamos escrupulosamente la palabra «ley»; pero en el reino de la ciencia tienen singular afición por ella. Así, a cierta interesante conjetura sobre la pronunciación del alfabeto entre pueblos desaparecidos ya, le llaman «la ley de Grimm».

Pero la verdad es que esta ley de Grimm resulta mucho menos intelectual que los «cuentos fantásticos» de Grimm. Los cuentos, en todo caso, son cuentos ciertos; mientras que tal ley no lo es. Porque toda ley supone que conocemos la naturaleza de la generalización y la verificación de ella, y no sólo el conocimiento de algunos hechos aislados. Si es ley que los cortadores de bolsas sean encarcelados, quiere decir que hay una relación mental posible entre la idea de prisión y la idea de cortar bolsas. Y bien sabemos qué relación es ésta: bien sabemos por qué privamos de libertad al que se toma libertades. Pero en cambio, no podemos decir por qué un huevo se transforma en pollo, así como tampoco podemos decir por qué un oso se transforma en príncipe. Y, como meras ideas, el pollo y el huevo distan más entre sí que el oso y el príncipe; porque no hay huevo que por sí mismo evoque la imagen del pollo; mientras que hay algunos príncipes que parecen osos. Admitido, pues, que en la naturaleza se producen ciertas transformaciones, conviene que las miremos bajo el prisma filosófico de los cuentos de hadas, y no a la manera tan poco filosófica de la ciencia y las «leyes de la naturaleza». Cuando se nos pregunte por qué los huevos se transforman en pájaros o los frutos caen en otoño, hemos de contestar exactamente como contes-

taría el hada madrina si Cenicienta le preguntase por qué los ratones se vuelven caballos, o por qué las ropas se le caen del cuerpo al dar las doce de la noche. Debemos contestar que son cosas de magia. No se trata de leyes, puesto que no entendemos la fórmula general de estos hechos; tampoco de necesidades, porque, aun cuando prácticamente contemos con que han de suceder, no tenemos derecho para asegurar que sucederán siempre. Ni es argumento en pro de la inalterabilidad de la ley, como lo soñara Huxley, el que contemos con el ordinario desarrollo de las cosas. Porque con esto no contamos, sino que, más bien, apostamos sobre ello. Arriesgamos la remota posibilidad de un milagro, del mismo modo que corremos siempre el peligro de comernos un buñuelo envenenado o de que un cometa destruya el mundo. Si todo esto lo dejamos fuera de cuenta no es porque, como milagro, lo tengamos por imposible, sino porque, como tal, lo consideramos excepción. Todos los términos que se usan en los libros científicos, ley, necesidad, orden, tendencia, etc., etc., son realmente inintelectuales, porque suponen una síntesis interna que estamos muy lejos de poseer. Las únicas palabras para describir la naturaleza que me han contentado siempre, son las que se usan en los cuentos de hadas, tales como encanto, hechizo, atracción. Ellas expre-

san todo lo arbitrario y misterioso de los hechos. El árbol da frutos porque es mágico; el agua se desliza por la pendiente porque está embrujada; el sol brilla porque está embrujado.

Niego absolutamente que esto sea fantástico o siquiera místico. A su tiempo, podremos admitir un poco de misticismo; por ahora convengamos en que este lenguaje de los cuentos es sencillamente racional y agnóstico. Sólo él me permite expresar en palabras mi percepción clara y definida de que una cosa es completamente distinta de otra; de que no existe la menor relación entre volar y poner huevos. Ése que está siempre hablando de leyes nunca se ha preguntado cuál de los dos, él o yo, es el verdadero místico, en el mal sentido de la palabra. Más aún: el hombre de ciencia común y corriente es un acabado sentimental. Es un sentimental, por cuanto las simples asociaciones lo arrastran y dominan. Ha visto muy a menudo volar a los pájaros y poner huevos, y ya por esto le parece que debe existir alguna sutil y delicada conexión entre ambas ideas, cuando en realidad no hay ninguna. Un amante melancólico es incapaz de disociar la imagen de la luna del recuerdo de su amor perdido, así como el materialista es incapaz de disociar la luna de la marea. En ambos casos no hay la menor relación entre uno y otro objeto, sino es el haberse presentado juntos al espectador.

Un sentimental verterá ardientes lágrimas al aroma de la flor del manzano, porque, por una sorda asociación de ideas, muy personal, este aroma le recuerda su infancia. Lo mismo el profesor materialista, —aunque éste esconde sus lágrimas,— reacciona como un sentimental; porque, por una obscura y personal asociación de ideas, la flor del manzano le recuerda la manzana. En cambio, nuestro sereno racionalista del país de las hadas no ve por qué ha de ser imposible que, en términos abstractos, el manzano pueda producir tulipanes rojos: como que, en aquella encantada tierra, así ha sucedido algunas veces.

Esta facultad elemental de asombro no es, sin embargo, un hábito fantástico creado por los cuentos de hadas, sino que, al contrario, de ella parte la llama que ilumina los cuentos de hadas. Así como a todos nos gustan las historias de amor en virtud de nuestro instinto sexual, así nos gustan las historias maravillosas por excitar la fibra de un antiguo instinto de asombro. Pruébalo el hecho de que, cuando muy niños, no necesitamos cuentos de hadas, sino simplemente cuentos. La vida es de suyo bastante interesante. A un chico de siete años puede emocionarle que Perico, al abrir la puerta, se encuentre con un dragón; pero a un chico de tres años le emociona ya bastante que Perico abra la puerta. A los muchachos

les gustan las historias románticas; pero a los nenes, las historias realistas, porque las encuentran bastante románticas. Me atrevo a decir que un niño es casi la única persona capaz de leer una moderna novela realista sin aburrirse. Lo cual prueba que aun los cuentos de la nodriza no hacen más que excitar un impulso casi prenatal de curiosidad y de asombro. Estos cuentos dicen que las manzanas son de oro, sólo para recordarnos el fugaz instante en que descubrimos que eran vegetales. Dicen que corrían por el prado arroyos de vino, sólo para hacernos recordar, en momentáneo raptó, que los arroyos son de agua. Ya he dicho que todo esto es completamente racional y hasta agnóstico. Y, en verdad, al llegar a este punto, yo estoy por el más completo agnosticismo, cuyo verdadero nombre es Ignorancia. Todos hemos leído en los libros de ciencia y aun seguramente en las novelas, el caso de aquel individuo que olvidó su nombre: discurría por las calles, viéndolo y admirándolo todo, sólo que sin acordarse de quién era. Y bien, todos somos como aquel individuo. Todos los hombres se han olvidado de quien son. Podemos entender el cosmos, pero nunca el *ego*, porque el propio yo está más distante que las estrellas. Podrás amar a tu Dios; pero no podrás conocerte. Bajo igual calamidad nos doblamos todos: que hemos ol-

vidado todos nuestros nombres, que hemos olvidado quienes somos en realidad. Todo eso que llamamos sentido común, racionalidad, sentido práctico y positivismo, sólo quiere decir que, para ciertos aspectos muertos de la vida, olvidamos que hemos olvidado. Y todo lo que se llama espíritu, arte o éxtasis, sólo significa que, en horas terribles, somos capaces de recordar que hemos olvidado.

Pero aunque, como el desmemoriado del cuento, vamos por las calles con cierta inconsciente admiración, siempre es con admiración, con legítima admiración. Y en el asombro hay siempre un elemento positivo de plegaria. Y ésta es la primera piedra que conviene plantar en nuestro viaje por el país de las hadas. Hablaré en el próximo capítulo de los optimistas y pesimistas en su sólo aspecto intelectual, hasta donde lo consienta el asunto. Por ahora sólo trato de describir esas enormes emociones que parecen no admitir descripción. Y la más enérgica de todas consiste en que la vida es tan preciosa como enigmática; en que es un éxtasis, por lo mismo que es una aventura; y en que es una aventura porque toda ella es una oportunidad fugitiva. No padecía, a mis ojos, la bondad esencial de los cuentos de hadas porque hubiera más dragones que princesas; y de todos modos, era deseable vivir en aquel mundo. La prueba de la dicha es la gratitud, y yo

me sentía agradecido sin saber a quién agradecer. Los niños sienten gratitud cuando San Nicolás colma sus medicitas de juguetes y bombones. ¿Y no había yo de agradecer al Santo cuando pusiera, en vez de dulces, un par de maravillosas piernas dentro de mis medias? Agradecemos los cigarros y pantuflas con que nos regalan el día de nuestro cumpleaños. ¿Y a nadie había yo de agradecer ese gran regalo de cumpleaños que es ya de por sí mi nacimiento?

Quedaban, pues, establecidos estos dos sentimientos primarios como indiscutibles e irrevocables: el mundo era un choque, pero no precisamente desagradable; la existencia, una sorpresa, pero también agradable. De hecho, mis primeras opiniones del mundo se expresan muy exactamente por medio de esta adivinanza que me persigue desde niño: «*Pregunta: ¿Qué dijo la primera rana? Respuesta: ¡Dios mío, qué saltos me haces dar!*» Esto contiene, como en cifra, cuanto acabo de decir. Dios hace saltar a la rana; pero saltar es lo que más le gusta a la rana. Sentados estos principios, queda por demostrar otro gran principio de la filosofía fantástica.

Cualquiera que haya leído los «Cuentos Fantásticos» de Grimm o las hermosas colecciones de Mr. Andrew Lang, lo comprenderá fácilmente. Por afición a la pedantería, le lla-

maré la Doctrina del Gozo Condicional. Observaba «Touchstone» (1) que hay mucha virtud en un «si» hipotético. Conforme a la ética de los elfos, toda virtud depende de un «Si». El tono de las sentencias de las hadas es siempre éste: «Podréis vivir en un palacio de oro y de zafiro, *si* no pronunciáis la palabra *vaca*»; o bien: «Vivirás feliz con la hija del rey, *si* no le enseñas nunca una cebolla». La visión depende siempre de un veto. Todas las cosas enormes y delicadas que se os conceden dependen de una sola y diminuta cosa que se os prohíbe. Todas las cosas arrebatadas y vertiginosas que se os toleran dependen de una sola que se os niega. Mr. W. B. Yeats, en su exquisita y penetrante poesía de los elfos, descríbelos como si careciesen de leyes, y sobre los desenfrenados caballos del aire, girasen en una inocente anarquía:

Cabalgan sobre la cresta de la desgredada marea,
Y danzan sobre las montañas como una llama.

Dura cosa es confesar que Mr. W. B. Yeats ignora el mundo de los elfos; pero así es. Este poeta es un irónico irlandés, lleno de reacciones intelectuales frente a la vida, y nunca bas-

(1) «Touchstone» («Piedra de toque»), bufón de Shakespeare en la comedia *As you like it* (*A vuestro gusto*). La frase aludida, en el acto V.

tante estúpido para comprender el reino de las hadas; porque éstas prefieren a la gente cándida como yo, gente que se asombra fácilmente y cree siempre lo que le dicen. Mister Yeats cree hallar en el país de los elfos todas las legítimas reivindicaciones de su propia raza. Pero la anarquía de Irlanda es una anarquía cristiana, fundada en la razón y en la justicia. El *Fenian* (1) sabe demasiado contra quién se subleva; mientras que el verdadero ciudadano del reino de las hadas no se explica bien los poderes que lo manejan. En este reino, una incomprensible felicidad descansa sobre una condición incomprensible: que se abra una caja, y de ella se escaparán volando todos los males; que se olvide una palabra: ciudades enteras se derrumbarán. ¿Se enciende una lámpara? Pues huye el amor para siempre. Cortáis una flor, y una vida humana se deshace; y cuando probáis una manzana, se desvanece la esperanza de Dios.

Este es el procedimiento de los cuentos de hadas, y seguramente que no es una fórmula de anarquía o siquiera de libertad, aunque, comparándola con sus tiranías modernas, puedan los hombres llamarla libertad. Los de la cárcel de Portland pueden figurarse que los de

(1) Los *Fenians*, sociedad separatista irlandesa, organizada en América en 1858 e introducida en Irlanda en 1865.

la calle de Fleet son hombres libres (1); pero un estudio más atento probará que tanto los duendes como los periodistas no son más que esclavos del deber. Las hadas madrinas se muestran tan estrictas como cualesquiera otras madrinas. A la Cenicienta le enviaron un coche provisto de su cochero,—engendros de la nada,—desde el país de los milagros; pero con esto le enviaron la orden,—una orden que se diría provenir de Brixton,—de volver a las doce en punto. También ha recibido Cenicienta unas chinelas de vidrio, y no ha de ser por mera casualidad por lo que el vidrio es una substancia que figura tanto en el folklore. Esta princesa vive en un castillo de vidrio, y aquélla en una colina de vidrio; la otra todo lo ve en un espejo; y todas pueden pasarse la vida en casas de vidrio, con tal de que no arrojen piedras. Porque este brillo del vidrio que por todas partes se difunde, expresa que la felicidad es brillante, pero tan quebradiza como esa materia que con tanta facilidad se rompe en manos de la criada o del gato. Y este sentimiento del cuento de hadas también me impresionó profundamente, y vino, así, a ser mi sentimiento general del mundo: sentí y siento todavía que la vida es tan brillante como el diamante, pero tan quebradiza como la vidrie-

(1) La calle de los grandes diarios londinenses.

ra; y me acuerdo todavía del escalofrío que me corrió por el cuerpo, cuando supe que el cielo mismo se comparaba al terrible cristal: temí que, de un golpe, Dios hiciese estallar el Cosmos.

Recuérdese, sin embargo, que ser quebradizo no es lo mismo que ser perecedero: golpéese un vidrio y no durará un instante; pero, con no golpearlo simplemente, hay vidrio para mil años. Tal me pareció ser la felicidad del hombre, lo mismo aquí que en el reino de las hadas. Toda la felicidad dependía de *no hacer algo* que se puede hacer a cada instante y que, en general, ni siquiera se entiende por qué se ha de dejar de hacer. Ahora bien: *a mí* esto no me parecía injusto, y en esto está toda la cuestión. Si el tercer hijo del molinero le dice a la bruja: «explícame por qué se me prohíbe dar volteretas en el palacio encantado», la otra puede muy bien contestarle: «Puesto que de explicar se trata, explícame tú el palacio encantado.» Si Cenicienta pregunta «¿Por qué he de dejar el baile a las doce?», su madrina puede contestarle: «¿y por qué has de estar en el baile hasta las doce?» Si en mi testamento yo le dejo a un hombre diez elefantes parlantes y cien caballos voladores, no podrá quejarse cuando las condiciones de esta liberalidad participen un poco de su carácter ligeramente excéntrico; por ejem-

plo, si pongo por condición que no le ha de ver el colmillo a ningún caballo volador. Y a mí me parecía que la existencia misma era un legado tan excéntrico que no era mucho dejar de entender las limitaciones del cuadro, cuando el cuadro mismo era incomprensible: el contorno no era más extraño que los colores del cuadro. La parte prohibitiva tiene derecho a ser tan extravagante como la concesión, y puede ser tan terrible como el sol, tan engañosa como las aguas, tan fantástica e imponente como los empinados árboles.

Por esta razón—que podemos llamar la filosofía del hada madrina—nunca pude yo compartir con la juventud de mi tiempo eso que se llama el sentimiento general de rebeldía. Y aun creo que hubiera yo resistido con paciencia hasta las leyes más desacertadas. Pero de esto trataré en capítulo aparte. Jamás tuve la tentación de resistir una orden sólo porque fuera misteriosa. Los patrimonios a veces se sustentan sobre fórmulas anodinas, como el romper una vara o pagar un grano de pimienta; y yo no tenía inconveniente en fundar el patrimonio del cielo y de la tierra sobre cualquiera de estas fantásticas costumbres feudales. La condición de la existencia no era en sí misma más extravagante de lo que lo era ya la existencia. Y aquí debo proponer un ejemplo para explicarme claramente: nunca pude mezclar mi voz

al murmullo general de la nueva generación contra la monogamia, porque ninguna restricción del sexo me parecía de suyo más extravagante e imprevista que el sexo mismo. El poder, como Endimión, tener amores con la luna, y quejarse luego de que Júpiter tuviese lunas de su propiedad en su harem, me parecía (a mí que me nutrí con fábulas como la de Endimión) una contradicción vulgar. Tomar una sola mujer es pagar muy módicamente el privilegio de ver una mujer. Quejarme de que sólo puedo casarme una vez me resultaba, pues, tan absurdo como quejarme de que sólo puedo nacer una vez. Semejante actitud me parecía incompatible con el estado de exaltación que todos afectaban, y no demostraba una exagerada sensibilidad para el sexo, sino más bien una curiosísima insensibilidad. Porque el hombre que se queja de no poder entrar al Edén por cinco puertas a un tiempo, no es más que un loco. La poligamia es un defecto en el desarrollo del sexo. Es el caso del insensato que monda cinco frutas a un tiempo, sin saber lo que hace. Los estéticos llegaban a los últimos extremos de morbosidad al hacer la apología de las cosas bellas. El cardo silvestre les hacía llorar, y caían de hinojos ante el escarabajo. Pero ni por un instante me dejé arrastrar por sus emociones, por la sencillísima razón de que nunca les pasó por

la mente el pagar sus goces con algún acto de sacrificio simbólico. Yo creo firmemente que los hombres pueden ayunar cuarenta días para merecer el canto del mirlo. Creo que son capaces de cruzar por entre llamas para coger una primavera. Y, en cambio, nuestros amantes de lo bello ni siquiera sabían ser sobrios para merecer el canto del mirlo; ni eran capaces de pasar por las leyes del matrimonio cristiano a cambio de poder cortar una primavera. Claro está que los goces extraordinarios se deben pagar en moneda de moral ordinaria. Oscar Wilde decía que los crepúsculos no estaban valorados porque nadie paga por verlos. Pero se equivoca Oscar Wilde: pagamos, sí; pagamos por ver nuestros crepúsculos: pagamos ya con no imitarle.

Ahora bien; llegó el día de abandonar los cuentos de hadas a las puertas del jardín infantil, y desde entonces no he vuelto a encontrar libros en que haya tanta sensibilidad como en aquéllos. Dejo al guardián de los niños, guardián de la tradición y la democracia a un tiempo, y ya no veo quien se le parezca, en aquel su sano sentido radical y conservador. Pero lo importante es que, al sumergirme en la atmósfera mental del mundo contemporáneo, me convenzo de que éste se opone en dos puntos al criterio infantil y a la filosofía de mi niñera. Mucho tiempo me costó convencerme de

que el mundo se equivocaba, y era mi niñera quien tenía razón. Porque lo más curioso era que el entendimiento moderno parecía contrariar el credo fundamental de mi infancia en sus dos teorías más esenciales. Ya he dicho que los cuentos de hadas habían producido en mí dos convicciones. La primera: este mundo es una cosa admirable y extravagante, que muy bien pudiera ser de otro modo, pero que, tal como es, es deliciosa; segunda: ante tan deliciosas extravagancias bien podemos resolvernos a ser humildes, y pasar por las más caprichosas limitaciones que la suerte quiera imponernos a cambio de tan extraordinarias liberalidades. Y he aquí que el pensamiento moderno parecía venir, en marea alta, contra estas dos ideas que me eran tan caras. Y el choque resultante suscitó en mí los sentimientos más agudos y súbitos que he experimentado y que, con ser tan crudos, acabaron por cuajar en nuevas convicciones.

Desde luego me encontré con que las gentes a la moderna no se ocupaban más que en hablar de fatalismo científico, asegurando que todo sucede como tenía que suceder y según estaba infaliblemente previsto desde el principio del mundo. La hoja del árbol—decían—es verde porque no hubiera podido ser de otro modo. Ahora bien; precisamente el filósofo de mis cuentos se complacía en pensar que la

hoja es verde por lo mismo que pudo haber sido escarlata. Él siente que la hoja acaba de adquirir su color un instante antes de que él la contemple, y se complace en pensar que la nieve es blanca por la muy razonable razón de que pudo haber sido negra. Parécele que cada color contiene algo como una espontaneidad de elección sobre los objetos a que se aplica, y el rojo de los jardines de rosas no sólo le resulta decisivo, sino dramático, como una súbita salpicadura de sangre. Cada fenómeno le parece una creación nueva. En cambio, la actitud de los deterministas del siglo XIX es enteramente contraria a este sentimiento instintivo de que las cosas acaban de nacer, acaban de suceder, cada vez que las contemplamos. Porque, en efecto, según su modo de ver, nada ha sucedido realmente desde el principio del mundo. A partir del suceso de la existencia, nada más ha podido suceder, y todavía no están muy seguros de aquello.

Me encontré, pues, con que el mundo moderno estaba maduro para el advenimiento del calvinismo moderno; para aceptar la idea de que las cosas tenían que ser necesariamente como son. Pero en cuanto interrogué a mis gentes, pude convencerme de que no tenían mayor prueba de la supuesta ley de repetición en las cosas que el hecho de que las cosas se repitan. Pero es el caso que la mera repetición

de las cosas más bien me hace verlas misteriosas que no racionales. Tras de haber topado en la calle con un hombre de gigantescas narices, y haberlo descartado a título de excepción, me encuentro con otros seis narigudos: puede, por un instante, ocurrírseme que se trata de alguna sociedad secreta. Un elefante cargado con un baúl puede ser un objeto excepcional; pero ya muchos elefantes con baúles van tomando el aire de complot. Trátase aquí de una mera emoción, de una emoción tan imperiosa como sutil. Pero la repetición de los hechos en la naturaleza me parecía, a veces, una repetición irritada, como la del maestro de escuela que repite una y otra vez las mismas cosas. Por ejemplo: la hierba del suelo me parecía que me estaba señalando con todos sus dedos a la vez, y las innumerables estrellas parecíame que querían decirme alguna cosa. Si el sol salía todos los días era porque quería obligarme a verlo. Así todas las repeticiones del mundo se regían por el ritmo enloquecedor de un encantamiento. Y poco a poco fué madurando en mí una idea.

El materialismo que domina la mente moderna se funda, en resumidas cuentas, sobre una hipótesis que a la postre resulta falsa. Se supone generalmente que todo lo que se repite está muerto, como lo está un mecanismo de reloj. Los hombres se inclinan a creer que si

el universo se moviera por una influencia personal, estaría variando constantemente: que el sol bailaría si estuviera vivo. Pero esto no pasa de ser una falacia. En efecto, la variación en las cosas humanas no les viene de la vida, sino de la muerte: procede siempre de su aniquilamiento, de la distensión del anhelo o fuerza que las anima. Los movimientos de un hombre cambian en cuanto aparece el menor elemento de fracaso o de fatiga: trepa a un ómnibus cuando está cansado de andar a pie, o anda a pie cuando se aburre de ir sentado. Pero si su vida y la alegría que lo anima fueran tan titánicas que nunca se fatigase, por ejemplo, de ir a Islington, hacia allá se dirigiría diariamente con la misma regularidad con que el Támesis se dirige a Sheerness. Aun los apresuramientos y éxtasis de su vida tendrían entonces la rigidez de la muerte. El sol sale todas las mañanas. Yo, en cambio, no puedo decir que me levanto todas las mañanas; pero la variación no se debe tanto a mi actividad, cuanto a mi inactividad. Y, para decirlo con sencillez, posible es que salga el sol todas las mañanas porque no se cansa de salir; de suerte que su rutina puede venirle, no de escasez de vida, sino de superabundancia vital. Esto puede observarse muy bien en los niños, cuando dan con algún juego que les entretiene. Un niño se pasa horas enteras saltando, y no por

falta, sino por exceso de vida. Porque a los muchachos lo que les está sobrando es la vida; porque sus ánimos son libres y audaces y por eso necesitan repetir siempre los mismos actos. Constantemente están gritando: «¡Que lo haga otra vez!» Y las personas mayores tienen que seguir insistiendo una y otra vez hasta que se mueren de cansancio. Porque las personas mayores no son bastante fuertes para regocijarse con la monotonía. Pero parece que Dios sí lo fuera. Tal vez Dios le vuelva a decir al sol todas las mañanas: «¡Que lo haga otra vez!»; y a la luna todas las noches: «¡Que lo haga otra vez!» Si todas las margaritas son semejantes, no hay por qué atribuirlo a una necesidad mecánica. Dios crea cada margarita separadamente, pero nunca se cansa de crearlas. Puede ser que Él tenga el apetito eterno de la infancia. Porque nosotros hemos pecado y envejecemos, pero nuestro Padre es más joven que nosotros. La repetición en la naturaleza bien puede no ser una simple coincidencia, sino algo como el «bis» que se pide a los actores del teatro. El cielo pide el «bis» del número en que el pájaro pone un huevo, —y así se hace. Si el ser humano concibe y da a luz un niño en vez de concebir y dar a luz un pez, un mucíérlago o un grifo, no hemos de creer que ello se deba a que nos encontremos como **a**prisionados en un destino animal sin vida y

sin objeto. No: puede ser que nuestra modesta representación haya interesado a los dioses, que la estén admirando desde sus balcones estrellados, y que al acabar cada drama humano, el hombre, —el actor— sea incesantemente llamado a la escena. La repetición puede sucederse por millones de años, sin dejar de ser por eso voluntaria, así como puede cesar en un instante. El hombre puede continuar en la tierra por muchas generaciones aún, y, sin embargo, cada nuevo nacimiento puede ser, en proyecto, la última salida del actor a la escena.

Esta fué la primer convicción que provocó en mí el choque de mis emociones infantiles con los modernos credos científicos. Siempre había yo sentido de un modo vago que los fenómenos eran milagros, ó si se quiere, que siempre son maravillosos; pero desde entonces empecé a juzgarlos milagrosos por otra razón más esencial: por ser voluntarios. Quiero decir que los fenómenos eran, o son, actos reiterados de una voluntad que los produce. En resumen, que siempre había yo creído que el mundo ocultaba algún poder mágico; pero, desde entonces, creí también que ocultaba algún mago. De aquí mi profunda emoción; una emoción siempre presente y subconsciente: la que brota de reconocer que nuestro mundo tiene algún objeto verdadero; y si hay algún

objeto, es porque hay alguna persona. Siempre me había parecido que la vida era, ante todo, un cuento. Y esto supone la existencia de un narrador.

Pero también mi segunda creencia recibió el embate del pensamiento moderno. El cual va directamente en contra del sentido de los límites y las condiciones estrictas que privan en el reino de las hadas. La filosofía de mi tiempo se complacía particularmente en concebirlo todo como obra de expansión y ensanche. Herbert Spencer hubiera pasado un mal rato si alguien se hubiera atrevido a llamarle imperialista, y es lástima que nadie lo haya hecho; sin embargo, lo era, y del más bajo tipo. Fué él quien popularizó esa despreciable teoría de que la enormidad de nuestro sistema solar debía imponerse a los dogmas espirituales del hombre. ¿Por qué ha de someter un hombre su dignidad al sistema solar mejor, por ejemplo, que a una ballena? Si el argumento de magnitud pura prueba que el hombre no es la imagen de Dios, entonces la ballena puede ser la imagen de Dios: una imagen algo disforme, y que pudiéramos considerar como un retrato impresionista. Es completamente pueril argumentar que el hombre es más pequeño que el cosmos, porque el hombre siempre ha sido pequeño, aun comparado con un árbol cualquiera. Pero Herbert Spencer, en su im-

perialismo desconsiderado, todavía insistirá en que, por algún extraño modo, el universo astronómico nos ha conquistado y anexionado. La verdad es que ha hablado de los hombres y de sus ideales en el tono en que se expresa el más insolente unionista respecto a los irlandeses y sus ideales. Hizo de la mente humana algo como una pequeña nacionalidad. Y todavía se reflejan sus funestas influencias en los más ingeniosos y honorables escritores científicos contemporáneos; particularmente en las primeras novelas de Mr. H. G. Wells. Muchos son los moralistas que han exagerado al pintar las perversidades de la tierra; pero Mr. Wells y su escuela exageran las perversidades del cielo. Alcemos los ojos a las estrellas, que de allá procederá nuestra ruina, parecen decirnos.

Pero la expansión a que me refiero, llegaba todavía a peores extremos. Ya he dicho que el materialista, al igual del loco, es un prisionero: su cárcel es la obsesión de un solo pensamiento. Pues bien; mis filósofos pretendían salir del atolladero declarando que la cárcel es sumamente amplia. Pero ¡pobres atractivos, medrados alivios los que la magnitud del universo científico nos procura! El cosmos marcha sin cesar, pero ni en su más escondida constelación hallaremos nada realmente interesante: algo que se parezca, por ejemplo, al perdón o al

libre albedrío. La enormidad o la infinitud del secreto del cosmos no modifican en nada nuestra situación. ¿Acaso esperáis aliviar o regocijar a los presos de Reading, haciéndoles saber que la cárcel ocupa ya media provincia? El guarda, en todo caso, no puede mostrarles más que corredores y corredores de piedra, alumbrados por débiles luces y desiertos de todo rastro humano. De igual modo, los expansores del universo no pueden mostrarnos más que corredores y corredores infinitos de espacio, alumbrados por opacos soles y desiertos de todo rastro divino.

En el país de las hadas, teníamos, en cambio, una ley verdadera; una ley que podía ser violada, porque esta es la definición de la ley: algo que puede ser violado. Pero la maquinaria de esta nueva prisión cósmica es algo que no puede ser violado; porque nosotros mismos pasamos a la categoría de piezas mecánicas. Así, o no podemos ejecutar un acto, o estamos condenados a ejecutarlo. Toda idea de condición mística ha desaparecido: no nos es dable tener ni la firmeza de cumplir las leyes, ni la travesura de violarlas. Ciertamente que la amplitud de este universo no tiene la libertad y frescura que tanto habíamos admirado en el universo del poeta. No: el universo moderno es, literalmente, un imperio; es decir, que siendo vasto, no es libre. Recorrerlo es recorrer

cuartos y más cuartos; enormes, pero sin ventanas, como en babilónica perspectiva. Pero no hay medio de dar con el más disimulado postigo, por donde coger un soplo de aire.

Y los infernales muros paralelos parecían crecer con la distancia. Pero para que a mí me gusten las cosas han de acabar en punta, como los buenos cuchillos; y, puesto que la jactancia de este cosmos tan gigantesco lastimaba mi sensibilidad, se me ocurrió discutirla un poco. Y pronto descubrí que la cosa era mucho más frágil de lo que pudiera esperarse. Según mis sabios, el mundo sólo se mantenía mediante su reglamentación inviolada. Pero además—hubieran debido añadir—el mundo es lo único que existe. ¿Porqué, pues, tanto empeño en asegurar que es amplio? No es posible compararlo con nada; a tanto equivaldría, pues, declararlo pequeño. Bien puede exclamar un hombre: «¡Oh, cuánto me agrada este enorme cosmos, con su tropel innumerable de estrellas y sus ejércitos de variadas criaturas!» Pero lo mismo pudiera exclamar: «¡Cuánto me agrada este modesto y discreto cosmos, con su decente provisión de estrellas y esa dosis de fuerza vital tan proporcionada a mi gusto!» Ambas actitudes valen lo mismo; ambos son sentimientos igualmente legítimos. El regocijarse de que el sol sea más grande que la tierra es una cuestión enteramente sentimental; y el

regocijarse de que el sol no sea más grande de lo que es, otro sentimiento tan legítimo como el anterior. Y si hemos de emocionarnos con la enormidad del universo, ¿porqué no emocionarnos también con su pequeñez?

Confieso que esto último fué lo que a mí me aconteció. Cuando se enamora uno de alguna cosa, siempre la nombra con diminutivos, así se trate de un elefante o de un guardia de corps. Lo cual se debe a que cuando se concibe que un objeto es completo, por enorme que sea, se le concibe siempre bajo especies de pequeñez. Si los mostachos militares no hiciesen imaginar el sable, o si los colmillos no hiciesen pensar en la cola, el objeto sería enorme por ser inconmensurable; pero desde el momento en que podemos imaginarnos a un guardia, es porque nos lo imaginamos pequeño; desde el momento en que podemos ver un elefante, es porque podemos llamarle «monín». Si podéis representar una cosa por una estatua, podéis representarla por una estatuilla. Pero resulta que mis sabios concebían el universo como cosa coherente ¡y no se habían enamorado de él! Y yo me sentí enamorado perdido del universo; y experimenté la necesidad de hablarle en diminutivo. A menudo lo hice, y casi sin darme cuenta, os lo aseguro. Y ahora que me percató, me parece que verdaderamente todos esos

oscuros dogmas de vitalidad se expresan y entienden mejor admitiendo la pequeñez del mundo que imaginándolo enorme. Porque la noción de infinidad sugiere no sé qué ideas de descuido que son el reverso de aquel cuidado diligente y constante que se apoderaba de mí al probar la inapreciabilidad y los riesgos de la vida. Mis sabios parecían jactarse de un despilfarro temerario. Y yo me sentía como poseído de una sagrada codicia (porque la economía es mucho más romántica que la extravagancia). Para ellos, el torrente de estrellas era como una inacabable renta de piezas de a medio penique; yo, en cambio, con el oro del sol y con la plata de la luna sentía lo que sentiría un chico de escuela que se hallase un soberano y un chelín.

Estas convicciones subconscientes se expresan mejor con la variedad de colores y tonos de algunos cuentos infantiles. Ya he dicho que sólo los cuentos de magia podían explicar mi sensación de que la vida no es sólo un placer, sino algo como un privilegio excéntrico. Y esta otra sensación de la pequeñez graciosa del universo sólo puedo expresarla mediante otro libro que todos los niños admiran: el famoso *Robinsón Crusoe*, libro que yo leía por aquel tiempo y cuya inmarcesible belleza se debe a que es un canto a la poesía de los límites, y hasta una novela de la pruden-

cia. Crusoe vive en una roca pequeña con las pocas y raras comodidades que ha podido arrebatarse al mar. Lo mejor del libro consiste sencillamente en esta lista de despojos salvados del naufragio. El poema más hermoso es un inventario. Cada utensilio de cocina cobra un valor ideal por el hecho de que Crusoe pudo haberlo perdido en el mar. Es un excelente ejercicio, durante las horas muertas del día, considerar cualquier objeto, la carbonera o el armario, e imaginar el placer que hubiéramos sentido al rescatarlo de entre los despojos del barco, a orillas de la isla solitaria. Pero todavía es más tónico el recordar cómo en nada estuvo que todas las cosas se perdieran: porque todo, todo se ha salvado de un naufragio. Todos los hombres han corrido una terrible aventura, puesto que no han sido seres abortados, niños que no llegan a ver la luz. En mi infancia las gentes hablaban frecuentemente de los hombres de genio que fracasan, y muchas veces oí decir que más de uno había sido una Gran Probabilidad. Pero a mí me parece todavía más cierto que cualquiera de los que ahora pasan por la calle ha sido una Gran Improbabilidad.

Bien sé yo que lo que me pasa es muy extravagante, pero no puedo menos de sentir que todo lo que hay en el mundo es algo como el despojo romántico del barco de Crusoe. El que

haya dos sexos y un sol era para mí lo que era para Crusoe que le hubieran quedado dos rifles y un hacha. Era absolutamente indispensable que ninguno de estos objetos se perdiese; pero tampoco dejaba de ser curioso que no se pudiese contar con ninguno más. Los árboles y plantas me parecían despojos del naufragio; y al considerar el Monte Cervino no pude menos de alegrarme de que no se hubiera perdido en medio de la catástrofe. Yo me sentía avaro de las estrellas como si fuesen zafiros. (Así se las llama en el Edén de Milton); yo acumulaba—si puede decirse—yo acumulaba los collados como tesoros. Porque el universo es una joya única, y aunque sea una frase vulgar el decir que las joyas no tienen rival o no tienen precio, aquí la frase se aplica literalmente. El cosmos no tiene rival, no tiene precio, porque no puede haber otro cosmos.

Así para siempre en un irremediable fracaso todo intento de explicar lo que es de suyo inexplicable. Esta vino a ser mi actitud definitiva frente a la existencia, y los suelos propicios para una simiente de doctrina. Esto pensaba yo obscuramente aun antes de que supiese escribir; esto sentía, antes de que supiese pensar. Y para evitar confusiones ulteriores voy a recapitular rápidamente: sentía yo —puedo decir que lo sentía en mis huesos— ante todo,

que este mundo no se explica por sí mismo; en cambio, muy bien puede ser un milagro con una explicación sobrenatural, o un sortilegio con una explicación natural. Pero para que la explicación o el sortilegio me satisfagan, es necesario que valgan más que las explicaciones naturales de que tengo noticia. Se trata de una cosa mágica, ya sea verdadera o falsa. En segundo lugar, empecé a sentir que tal operación mágica tenía algún sentido, y el sentido implicaba una voluntad personal. Había, pues, algo personal en el mundo, como lo hay en las obras de arte; cualquiera que fuese su significado, era intenso y vivo. En tercer lugar, me pareció que el propósito del mundo era bello dentro de sus contornos anticuados, como lo es, por ejemplo, la forma de los dragones. En cuarto lugar, que nuestro mejor modo de agradecer ese propósito era una manera de humildad y modestia: que hemos de agradecer a Dios la buena cerveza y el borgoña, no abusando de su bebida. Además, alguna obediencia debíamos al poder que nos hizo. Y, finalmente — y aquí va lo mejor —, fué poco a poco apareciendo en mi alma cierta vaga y avasalladora impresión de que todos los bienes eran despojos que había que guardar y esconder como reliquias de alguna gran ruina original. El hombre ha salvado el bien, como Crusoe ha salvado sus bienes; lo ha sal-

vado de un gran naufragio. Así meditaba yo, sin que pueda decirse que la filosofía de mi tiempo favoreciera mis meditaciones. Y, entre tanto, jamás se me ocurrió acordarme de la teología cristiana.